—¡Pues lo he de decir!.... Pues, vaya que.... esa señorita nos.... choca.

—¿Y por qué?

—¡Friolera!—exclamó Luisa—¡No la ve vd. tan pagada de sí, y tan orgullosa, que á todos desprecia, y que dice que todas las vilaverdinas somos unas payas.... unas ridículas.

—Vean ustedes, señoritas: pienso que esa niña ni es orgullosa, ni está pagada de sí; pienso que no desprecia á nadie, y que, por lo contrario, es muy amable con todos; y de seguro que es incapaz de decir eso que ustedes le atribuyen....

—¡Vd. qué ha de decir!.... Vd. la defiende porque.... ¡vaya! porque está vd. enamorado de ella!

—¿Yo, Teresa?

—Sí.

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Todo el mundo! ¡Todo el mundo lo dice!

—Pues *todo el mundo* dice una mentira.

—¡Mentira! ¡Que me azoten en la plaza, y que no lo sepan en mi casa! Vd. dirá lo que guste.... Pero si no es verdad eso que cuentan, vd. tiene la culpa de todo, porque le hace vd. unos osos terribles.... Noche á noche va vd. á oirla tocar.... Allí se está vd. horas y horas, en la baranda de la Plaza. Y por eso, Gabriela, que sabe que tiene.... *auditorio*, no se quita del piano.... Y por cierto que.... (¡no se enoje vd!) por cierto que la pobrecilla lo hace bien mal!.... ¡Verdad Luisa?

—¡Por Dios, Tere!—exclamó la morena.

—¡Cállate tú! Ahora verá vd. Rodolfo: le dijimos que tocara, y tocó la *Sonámbula* de Talberg. ¡Jesús nos asista! ¡Qué *Sonámbula!*

—No, hija, no; no digas eso.... Ella toca sin expresión, sin compás.... pero en cuanto á ejecutar.... ¡ejecuta mucho! Ya quisieran muchos, de esos que se llaman profesores, ejecutar como Gabriela!

—Pues, mira, Luisa: ¡yo ni eso le concedo! ¿Qué chiste tiene eso de aporrear el piano? Si aquello me parecía un pleito de perros,

Y la rubia se tapó las orejas.

—Teresa, por Dios: ¡ten caridad!—dijo en tono compasivo la morena—No hables así, dirán que decimos eso por.... envidia.

—¡Envidia yo? ¿Y de qué? ¿Yo? ¡Gracias á Dios que no toco el piano!

—No; pero pensarán que tú no haces más que repetir lo que yo digo.

—Y dirán la verdad. ¿Quién me dijo, ahora, al salir de allá: «¿Viste, oiste? ¡Eso no es tocar! ¡Lástima de piano!» ¿No fuiste tú? Pues entonces, ¿de qué te espantas? Yo diré lo que me dé la gana. Ya lo sabes, ¡tan fea como tan franca!

Me indignaba la murmuracion de aquellas niñas tan mal educadas y tan cursis.

—¿Fea? ¡Nada de eso! ¿Quién ha dicho que es vd. fea? No lo digo yo, ni lo dice nadie, y ménos.... Ricardo Tejeda.

Encendióse la rubia al oir este nombre. Ricardo había sido su novio, lo sabía yo muy bien, él mismo me lo dijo en el Colegio, y Teresa no le perdonaba á mi amigo que, á poco de *terminar* con ella, hubiera visto con demasiado interés á la elegante y encantadora señorita. De aquí el odio á Gabriela; de aquí que murmurase de su hermosura; de aquí el que afeara todo en la señorita Fernández.

—Sí;—contestó vivamente Teresa—ya sé que en Ricardo tiene vd. un rival....

La maldiciente polluela estaba enamorada de mi amigo; le quería, á su manera, le amaba como loca, y no podía olvidarle.

—Sí, ya sé que Ricardo está enamorado de Gabriela, lo sé; y sé también que por eso no habla con vd., ni le busca como antes. ¡Antes tan amigos! ¡Ahora enemigos á muerte!

—¿Enemigos? ¿Quién ha dicho eso?

—Sí, se pasan pero no se tragan.... Pero esté usted tranquilo, Rodolfo; Ricardo no es temible.... no es temible!

—Crea vd, señorita, que si Ricardo está creyendo que yo pretendo á Gabriela, es porque alguno le ha engañado.... Alguno ha querido burlarse de nosotros....

Luisa nos escuchaba atentamente, jugaba con el abanico y sonreía al oirme. Teresa se quedó un instante pensativa.

—Oiga vd., Rodolfo: ¿me quiere hacer un favor?

—Veamos cuál....

—¿Tiene vd. amores con esa señorita?

—No.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues, enamórela vd.; enamórela vd. Yo conozco muy bien á las mujeres, como que soy del sexo. Enamórela vd.; yo le aseguro que en dos por tres se arreglan ustedes.

—¿Y Ricardo?—preguntó con mucha seriedad.

—¿Ricardo? ¡Que rabie! ¡Quién le manda ser tonto!

Las muchachas se levantaron, chachachearon dos ó tres minutos, y se fueron. Ya en la puerta se detuvieron. Teresa se volvió hacia mí, y con tono entre suplicante y malicioso me dijo:

—Rodolfo: ¡enamórela vd!

XLI

Castro Pérez llegó poco antes de las cinco. Entró silencioso, dejó en su mesa el sombrero y el bastón, y luego, paso á paso, se dirigió á la mia.

—¿Acabó vd. la copia?

—Aquí está.

Leyó el alegato, firmó, y volvió á su pieza. Yo le seguí.

—Deseo hablar con vd. Dos palabritas.

—¿De qué se trata?

Dijele que iba yo á separarme; que á ello me veía obligado por la necesidad; mis gastos iban siendo mayores cada día, y lo que allí ganaba yo no me era suficiente para atender á mi familia.

—Vamos;—me interrumpió—¿á qué viene todo eso? Está vd. disgustado porque esta mañana....

—No;—me apresuré á contestar—dí motivo para que vd. me reprendiera. Tiene vd. razón; el deber es lo primero. No, señor; le aseguro que no es esa la causa de mi separación. No gano aquí cuanto necesito, y como es de esperarse, estoy obligado á procurar que mis tías no carezcan de nada. Tengo empleo en otra parte.... Allí ganaré más.

Encendióse el jurisperito, se irguió en la poltrona, se compuso las gafas, y mirándome por encima de los cristales, me dijo desdeñosamente:

—¡Bien! ¡Bien! Y.... sepamos: ¿qué empleo es ese? ¿Va vd. á meterse á maestro de escuela?

—No, señor.

—Pues, entonces?

—Voy á la hacienda de Santa Clara....

—¡Ya me lo imaginaba! ¡Lo de siempre! ¡Ese Fernández que se ha empeñado en quitarme los escribientes! ¡Bien! ¡Bien! Haga vd. lo que guste; haga vd. lo que mejor le convenga; pero no diga que aquí ha estado vd. mal retribuido, porque no es verdad. Nadie ha ganado aquí más que vd. No diré que le pago un capital, ni mucho menos, porque el dinero no cae con la lluvia, pero..... es vd. soltero, no tiene vd. familia, ni obligaciones.... Con lo que tiene vd. aquí le basta y le sobra. ¡Bien! ¡Bien!

Quise replicar, pero me pareció inútil toda aclaracion. Castro Pérez prosiguió:

—No estará vd contento en Santa Clara. Lo anuncio desde ahora. Allí, segun noticias, se trabaja mucho, mucho.... Vd. no tiene costumbre de matarse así, de sol á sol, como un gañán. Aquí está vd. mejor; tiene vd. tiempo libre para todo.... ¡Hasta para hacer versos! ¡Bien! ¡Bien! ¿Y cuándo se va vd?

—Dentro de quince días.

—Eso sí está malo, malísimo! ¡Bien! Se irá vd. cuando guste. Hoy mismo llamaré al sustituto. Queda vd. libre desde hoy.

—Yo contaba con seguir aquí, al servicio de vd., hasta el día en que debo estar en la hacienda, y he querido....

—No, joven, no; lo que ha de ser tarde que sea temprano.

Me sentí humillado, y callé.

—Vea vd., joven;—agregó con dulzura—quédese vd. conmigo.... Le aumentaré los emolumentos; le daré cinco pesos más. ¡Creo que con eso no tendrá vd. dificultades!

—¡Imposible, señor! Acepté ya el destino, y no me parece conveniente rehusarlo ahora.

—Tiene vd. razón. ¡Bien! ¡Bien!

Abrió el cajón de la mesa, sacó un puñado de monedas, me hizo la cuenta, á tanto por día, como á un criado, y me dió unos cuantos duros. De buena gana me hubiera yo negado á recibirlos, á pretexto de generoso desprendimiento; pero aquel dinero me era necesario; era pan y vida alegre para algunos días.

¡Triste condición la del pobre!—pensé.—¡Triste condición la de quien está obligado á servir á otro! Y entonces recordé, uno por uno, todos los malos ratos que pasara yo en la casa del jurisperito, y en los cuales no reparé nunca, aunque no fueron pocos. Recelos, malos modos, despótico trato, reprensiones inmotivadas, correcciones estúpidas, alardes de ciencia que tenían por objeto mantener un crédito cimentado en arena, y, sobre todo, esa desconfianza ofensiva, insultante, que hay en algunos ricos para con el desgraciado que les sirve y gana poco, de quien se teme todo lo malo, y á quien se puede ultrajar impunemente, pues se sabe que el ultrajado tendrá que callar, porque si habla y replica, y rechaza con noble energía la infame sospecha, se quedará sin el mendrugo que se gana todos los días á costa de un trabajo penoso.

Hasta entonces paré mientes en que el pobre, el que vive de un sueldo mezquino, está á merced de quienes le pagan. ¿Qué hará si le echan á la calle? ¿Qué hará, si, lastimado en su honradez y en su dignidad, protesta de su inocencia, y toma el sombrero, y se va? "¡No hará tal!—dice el amo—¿Qué come mañana? Tiene hijos, esposa...." Y fiado en esto le ultraja y le atropella sin piedad.

Pero entonces no había caido en mi con azón ni una gota de hiel. La juventud es generosa, es buena, y no cree, no quiere creer, que los demás son ó pueden ser malos; piensa que sólo hay corazones nobles y almas bondadosas.

No olvido, no olvidaré jamás que cierta día, en el despacho de Castro Pérez, recibí una buena cantidad en metálico; conté y volví á contar las monedas; las revisé con el mayor cuidado, y estaban completas. Contólas después el jurisperito, y le faltó una. No tardó en salir trémulo y colérico:

—¡Aquí falta dinero!.....—prorrumpió en voz alta, delante de Porras y Linares.

Volví á contar el dinero en presencia de todos. ¡Cabalito!

—¡Tiene vd. razón!—murmuró don Juan.

—¡Vd. dispense!

Don Cosme no se dió cuenta de lo que pasaba, Porras me detuvo al paso, y poniéndome sus manos en los hombros, me dijo dulcemente:

—¡Este hombre no tiene remedio! ¿Quién le manda á vd. gastar esas corbatas.... tan bonitas! ¡Paciencia, jóven! ¡Paciencia!

Dieron las seis, recogí algunos papeles que tenía yo en el cajón de la mesa, dí las gracias á Castro Pérez por sus bondades para conmigo, y me lancé á la calle.

XLII

Aquellos veinte días fueron muy amargos para mí. Más de medio mes sin ganar un peso! Nuestros gastos habían subido considerablemente; había que pagar una criada, y fué preciso comprar no sé qué medicinas muy caras que recetó Sarmiento, y vino de suprema clase para la enferma. Andrés, generoso como siempre, acudió en mi auxilio.

—No te aflijas;—me decía—el changarro da para mucho. Toma.

Y puso en mis manos un rollo de pesos.

Mi salida de la casa de Castro Pérez, salida que además de enojosa me pareció ofensiva para mi buen nombre, me puso abatido y desalentado.

Todos aquellos que me veían en la calle sin ocupación ni empleo, y que antes me vieron en el despacho del abogado, pensarían, sin duda, qué Castro Pérez me había despedido por algo vergonzoso. Dime á cavilar en esto, y me resolví á no salir de casa. Me pasaba yo el día leyendo, escribiendo ó cuidando del jardín. Las plantas que Angelina y yo habíamos sembrado prosperaban á maravilla; los rosales recobraban su lozano follaje; las violetas macollaban que era una gloria, y el cuadro de *no me olvides* parecía una alfombra de felpa.

Cierto día, aburrido de pasar el tiempo entre cuatro paredes tomé el sombrero y me fuí de tertulia á la casa de don Procopio. Allí estaban los pedagogos y el P. Solís. No bien me vieron mis críticos, se pusieron á sonreir, como si de mí se burlaran, como si recordasen que me habían puesto de oro y azul en sus periódicos. Los mancebos que trabajaban detrás del mostrador, el uno triturando cierta sustancia fétida, y el otro, copiando una receta, se miraron, se hicieron una señal de inteligencia, que no pasó inadvertida para mí, y de buenas á primeras me preguntaron por qué causa me *había despedido* el jurisconsulto. Dominé la cólera que en mí provocó aquel ataque, que ataque era y muy audaz, puesto que la palabreja usada era ofensiva, y en pocas palabras, con mucha cortesía, expliqué los motivos de mi separación. Ocaña y Venegas me oyeron con indiferencia, casi con desprecio, pero los boticarios dieron muestras de que se interesaban por mí.

—¡Ya!—exclamó el más parlanchín.—¡Ya me lo imaginaba yo! Así son las cosas. Se lo dije á éste y á don Procopio Me alegro de saber la verdad del caso, ahora ya no daremos crédito á Ricardo y á don Juan.

De seguro que uno y otro contaban á su manera lo sucedido, y en perjuicio mio. Pronto supe todo; los chicos de la botica no me ocultaron nada. Ricardito les dijo que el jurisconsulto me había despedido por abuso de confianza; *"no lo aseguraba.... así lo decían.. algo habría de cierto; el dinero es pegajoso; no es difícil que al contarlo se le pasen á uno dos ó tres monedas falsas, ó, lo que es más fácil todavía, que le falten á uno cinco ó.... más duros."* Pero Ricardo repetía que era yo persona honradísima, incapaz de faltar á la confianza que depositaran en mí; éramos condiscípulos, amigos, y él me defendería contra viento y marea.

Me irritó la maldad de mi amigo, me indignó su hipocresía; pero no había remedio, no le había, era justo que agradeciera yo á mi condiscípulo defensa tan brillante.

Volví á contar el dinero en presencia de todos. ¡Cabalito!

—¡Tiene vd. razón!—murmuró don Juan.

—¡Vd. dispense!

Don Cosme no se dió cuenta de lo que pasaba, Porras me detuvo al paso, y poniéndome sus manos en los hombros, me dijo dulcemente:

—¡Este hombre no tiene remedio! ¿Quién le manda á vd. gastar esas corbatas.... tan bonitas! ¡Paciencia, jóven! ¡Paciencia!

Dieron las seis, recogí algunos papeles que tenía yo en el cajón de la mesa, dí las gracias á Castro Pérez por sus bondades para conmigo, y me lancé á la calle.

—No me convenía tenerle en casa!....

Todos callaron, y nadie se atrevió á inquirir el motivo de mi separación. Unos pensaron que, sin duda, no veía yo con malos ojos á Teresa ó á Luisa; otros que, acaso, no cumplía yo con mis deberes; y todos que.... No me atrevo á repetirlo. Todavía, después de tantos años, ahora que de nadie necesito, ahora que si no soy rico, por lo menos vivo cómoda y decentemente, sin pensar en el dinero para el día de mañana, cuando recuerdo la hipócrita calumnia de Ricardo y las reticencias de don Juan, siento que me ahoga la sangre.

Me retiré de la botica triste y afligido. Y si la calumnia aquella, corriendo de boca en boca, llegaba á oídos del Sr. Fernández? Me cerraría las puertas de su casa, me negaría el empleo, ordenaría que me vigilasen los demás empleados.... ¿Y si llegaba hasta mis tías?.. ¡las pobrecillas se morirían de pena!

Es la calumnia como los miasmas de los pantanos: se levantan del fango en leve imperceptible burbuja, se extienden, se difunden, envenenan los aires y llevan la muerte á todas partes. En todas partes nos acechan, en el aire, en el agua, en los frutos incitantes que esmaltan los follajes, en el aroma de las flores.

Muere el calumniado, pero la calumnia sobrevive, como para perseguir á la víctima hasta más allá de la tumba. La calumnia es la fetidez de las almas corrompidas. El corazón del calumniador es un esterquilinio.

Corrí á mi casa, me encerré en mi cuarto, y me tendí en la cama. Mis sienes ardían; el corazón se me hacía pedazos. Volviéndome y revolviéndome en mi lecho pasé dos ó tres horas. ¡Odio, odio terrible, deseo insaciable de venganza, ¡eso! ¡eso! pero vivos, indómitos, plenamente satisfechos! Las pasiones más terribles se agitaban en mi alma, las tinieblas del mal se agrupaban en torno mío, y al entornar los ojos percibía yo fulgores rojizos, relámpagos de sangre. Aborrecí la vida; maldije de ella, pedí la muerte, quise morir, morir, y no para escapar de mis enemigos, sino para libertarme de aquellas pasiones horrendas que entenebrecían mi espíritu y batallaban dentro de mí como legiones de irritados demonios. Pensé con alegría en la muerte. Dulce, amable, consoladora, surgió ante mis ojos como una doncella pálida, de rostro tristemente risueño.... Sin darme cuenta de lo que hacía yo, mis labios repetían estos versos de Leopardi, leídos, pocos días antes, en un libro francés:

Solo aspettar sereno
Quel dí ch'io pieghi addormentato il volto
Nel tuo virgineo seno.

(Continuará.)

LA TELEGRAFISTA.

Acababan de sonar las dos y media, y por grupos, marchando de prisa á lo largo de la calle de Grenelle, las pequeñas telegrafistas se cruzaban con aquellas á quienes iban á reemplazar.

Andaban alegres y graciosas, parloteando en alta voz, con el semblante fresco y las mejillas sonrosadas. Todas llevaban en la mano la tradicional canasta de mimbre, en cuyo fondo se percibían, junto á la comenzada labor, los cortes dorados de un libro, las ilustraciones del periódico de la mañana, las pastillas de dulce ó de chocolate y la torta de pan.

Llegaban de todos lados, se saludaban con apretones de mano, se confundían, se interpelaban y luego se dispersaban como bolquillas, internándose por las abovedadas puertas del Ministerio.

Y eran de oirse las risas medio contenidas, las confidencias misteriosas y las miradas picarescas que se dirigían unas á otras mientras trepaban los escalones de la grande escalera.

Por la esquina de la calle de Bellechasse apareció una muchacha agitada por el andar rápido que traía. Cuando estuvo enfrente del Ministerio, respiró con satisfaccion y dijo en voz alta:

—Llegué á tiempo!

Tendría apénas veinte años, pero ya estaba muy crecidita. Una chaquetilla negra dibujaba su primoroso talle, fino y delicado. Los blondos cabellos, aprisionados por un liston de cinta color de rosa, caían sobre la nuca, blanca y marfilina, y sombreaban la frente tersa y los ojos de azul oscuro que tiraba á negro.

Ya había llegado al primer descanso de la escalera la alegre turba de oficialas, cuando una de éstas, al ver á la rezagada que trepaba los primeros escalones, le gritó:

—Hola! Margarita!

Esta contestó con una graciosa mueca, que descubrió una hilera de dientes menudos y parejos y un trocito de encía rosada.

Las telegrafistas esperaron á Margarita, quien les dijo al llegar junto á ellas:

—Ah! mis amigas, si supierais mi aventura....

Y allí agazapadas en el descanso de la escalera, las oficialas escucharon la aventura que Margarita les relató precipitadamente: ¡un verdadero romance!

—

«Subí, segun mi costumbre, al tren de Nogent, despues de haber llevado á mi hermana á la escuela, en donde aguardará que yo vaya á recogerla á mi regreso; esa es tambien la costumbre. En el departamento que me señalaron encontré dos compañeros de viaje, un paisano bonachon, flamante y rígido con su ropa dominguera que le impedía moverse por temor de ajarla, y que le hacía estar como clavado en la banqueta, y un muchacho de aire distinguido y un tanto triste. Cuando yo entré estaba éste embebido en la lectura de su periódico, y apénas levantó la vista cinco minutos despues de haberme acomodado yo, para saludarme con una ligera inclinacion de cabeza. Prontó tomé mi partido; me puse á hacer crochet miéntras llegábamos á Paris. De rato en rato alzaba yo la vista de la obra para examinar á mis casuales compañeros. Por efecto del calor y la inaccion, el aldeano cabeceaba que era un portento; pero las almidonadas puntas del cuello de la camisa lo hacían despertar sobresaltado. Las miradas del jóven no se cruzaron con las mías, porque seguramente ambos poníamos interés especial en ello.

En la estacion de Paris, el paisano descendió el primero con su flamante atavío, y el jóven saltó el último del tren.

Al ir á pagar, advertí que había olvidado el porta-moneda. El caso era embarazoso. Bajé la cabeza toda avergonzada, busqué en vano en la faltriquera y registré sin resultado el saco y la canastilla. Para colmo de desdichas, el conductor activaba el cobro, repitiendo sin cesar:

—Vuestro pasaje, señores; pagadme vuestro pasaje.

Yo sentía que la sangre se me subía á la cabeza, y que las lágrimas pugnaban por saltar de mis ojos. El conductor era nuevo: yo no le conocía, ni él á mí. No sabía qué decirle; no se me ocurría ninguna idea para salir del paso. Y él continuaba impaciente, con la mano extendida, repitiendo su eterno estribillo:

—Vuestro pasaje, señores; pagadme vuestro pasaje.

De pronto, mi jóven compañero de tren se aproximó al conductor, y comprendiendo sin duda mi azarosa posicion, puso sesenta céntimos en su mano y le dijo:

—Toma: por la señorita y por mí.

No tuve tiempo ni fuerzas para rehusar: apénas pude dar las gracias y observar que los demás viajeros me miraban con sonrisa burlona.

Subí de nuevo á mi departamento, y en toda la longitud de la calle no aleé á mirar á mi compañero. Al llegar á la de Bellechasse quise manifestarle mi gratitud ántes de separarme de él, pero no hallaba cómo hacerlo. ¿Qué pensaría de mí? ¿Llevaría á mal que le ofreciera devolverle los treinta céntimos? No osaba proponérselo por temor de disgustarlo. Afortunadamente, él mismo puso fin á mis vacilaciones, saltando del tren apénas se detuvo éste, y confundiéndose entre los transeuntes. Esto fué muy delicado de parte suya. Apénas nos vemos por primera vez y ya me presta un servicio, y sin esperar palabras de agradecimiento se aleja de mí. Es verdad que el préstamo en sí no vale la pena; pero fué oportuno y galante.

Al llegar á la esquina de la calle, no pude contener mi curiosidad, y volví un poco la cara; el jóven seguía mis pasos á alguna distancia, y correspondió con un gracioso saludo á la mirada agradecida que yo le dirigí.»

—

Cinco minutos despues, todos los empleados trabajaban en el ministerio; y Marga ita, sola, delante de su mesa, pensaba más de lo que hubiera creído en su aventura, miéntras que del un extremo al otro del salon no se oía más que el tic-tac de los millares de manipuladores que movían nerviosamente los dedos de las pequeñas oficialas, y allá, en el estra-